

ICATÓLICOS!

Hoy más que nunca la Iglesia necesita del amor y generosidad de sus hijos.

No seáis sordos al clamor dolorido de la Madre y acudid presurosos en su auxilio.

EL CRUZADO DE LA FE

ADMINISTRADOR
Don Cándido Ledesma Santos
Beneficiado Organista de la S. I. C.

DIRECTOR
Don Jesús Pereira Sánchez
Párroco de Sta. Marina

VICE-DIRECTOR
Don Saturnino Moro Palos
Beneficiado y Profesor del Seminario

Santo Evangelio

20. Entonces, levantando los ojos hacia sus discípulos, decía: Bienaventurados vosotros los pobres porque vuestro es el reino de Dios.—21. Bienaventurados los que ahora tenéis hambre, porque seréis saciados. Bienaventurados los que ahora lloráis porque reiréis.—22. Bienaventurados seréis cuando los hombres os aborrezcan, y os separen de sus sinagogas, y os afrenten, y abominen de vuestro nombre como maldito, en odio del Hijo del hombre.—23. Alegraos en aquel día, y saltad de gozo; porque os está reservada en el cielo una grande recompensa. Tal era el trato que daban sus padres a los profetas.—24. Mas ¡ay de vosotros los ricos! porque ya tenéis vuestro consuelo en este mundo.—25 ¡Ay de vosotros los que andáis hartos! Porque sufriréis hambre.—¡Ay de vosotros los que ahora reís! Porque día vendrá en que os lamentaréis y lloraréis.—26. ¡Ay de vosotros cuando los hombres mundanos os aplaudieren! que así lo hacían sus padres con los falsos profetas.—27. Ahora bien; vosotros que me escucháis digo yo: Amad a vuestros enemigos: hacen bien a los que os aborrecen.—28. Bendecid a los que os maldicen; y orad por los que os calumnian.—29. A quien te hiere en una mejilla, preséntale asimismo la otra; y a quien te quitare la capa, no le impidas que se te lleve aun la túnica.—30. A todo el que te pida dale; y al que te roba tus cosas, no se las demandes.—31. Tratad a los hombres de la misma manera que quisierais que ellos os trataran a vosotros.—32. Que si no amáis sino a los que os aman, ¿qué mérito es el vuestro? Porque también los pecadores aman a ellos.—33. Y si hacéis bien a los que bien os hacen: ¿qué mérito es el vuestro? Puesto que aun los pecadores hacen lo mismo.—34. Y si prestáis a aquellos de quienes esperáis recibir recompensa, ¿qué méritos tenéis? Pues también los malos prestan a los malos, a trueque de recibir de ellos otro tanto.—35. Empero vosotros amad a vuestros enemigos: haced bien y prestad sin esperanza de recibir nada por ello; y será grande vuestra recompensa, y seréis hijos del Altísimo: porque él es bueno, o benéfico, aun para con los mismos ingratos y malos.—36. Sed, pues, misericordiosos, así como también vuestro Padre es misericordioso.—37. No juzguéis, y no seréis juzgados: no condenéis, y no seréis condenados; perdonad, y sereis perdonados.

Evangelio de S. Lucas, cap. VI, vv. 20 al 37.

EN FAVOR DEL SEMINARIO

Veíamos en números anteriores la obligación que tienen todos los fieles de ayudar al sostenimiento del Seminario.

Se nota a veces una inexplicable pasividad de los fieles respecto a los Seminarios.

En el gobierno del mundo, Dios deja que obren las causas segundas, y el milagro únicamente lo empieza como medio extraordinario; nosotros no tenemos derecho a exigirlo cuando, para seguir un fin, ha puesto el Señor en nuestras manos medios naturales.

Siendo el Sacerdote el órgano de transmisión de la vida que tiene su manantial en el seno de la Divinidad, y que se derrama, a impulsos de la divina caridad, sobre la humanidad regenerada, los fieles no pueden ni deben desentenderse de lo que se relaciona con las vocaciones eclesiásticas.

Verdad es que un solo instante bastaba a Dios para convertir en Ministros suyos hasta a sus más acérrimos perseguidores, como le aconteciera a Saulo, y para hacer que de las mismas piedras surgieran Sacerdotes; pero habiendo dispuesto que los que han de recibir el Orden Sacerdotal se preparen y formen poco a poco bajo la inmediata tutela, exquisita vigilancia y solita dirección del Sr. Obispo, los fieles cristianos, contraen gravísima responsabilidad si esto ban el normal funcionamiento de los Seminarios, o positivamente nada hacen por facilitar a estos organismos el que puedan llevar los fines para que han sido sustituidos.

Los Sacerdotes salen del Seminario, y de ninguna otra parte más; si hoy no hay Seminaristas mañana no habrá Sacerdotes. Por consiguiente, no preocuparse de remediar la crisis de vocaciones eclesiásticas; ver con indiferencia despoblado el Seminario, y querer al mismo tiempo que no falte un Sacerdote que, así como nos recibió al venir al mundo, nos acompañe en los lances más solemnes o más difíciles de la vida, transmita a Dios nuestras súplicas, atraiga sobre nosotros las divinas bendiciones, y principalmente, porque está todos lo desea, nos ayude a traspasar los umbrales de la eternidad, es poco menos que tentar a Dios.

En lo humano, nadie que aspire a un fin deja de poner los medios que a él conducen; sin embargo, cabe preguntar: ¿qué hacen los fieles, para evitar que llegue el caso, no tan improbable ni remoto como pudiera suponerse, de suspirar inútilmente por un Sacerdote? Y si esto es así antes de las actuales circunstancias, ¿qué será ahora después de haber desaparecido y muerto miles de sacerdotes en nuestra patria?

Los padres ponen con frecuencia obstáculos a la vocación de sus hijos.

En otros tiempos, eran los padres los primeros que inclinaban a sus hijos hacia el Sacerdocio. Considerábase como preciado honor para una familia el que alguno de sus hijos estuviera consagrado a Dios por la Ordenación; los primeros indicios de vocación que en el niño aparecían, se celebraban como especial gracia del cielo, y eran motivo de especial regocijo. Si algún desorden había en este punto era por deseo, llegando los padres, en la exageración de su deseo, a los límites censurables de la coacción, y empujando en ocasiones a los hijos, contra la voluntad de estos, hasta las gradas del altar santo.

¡Ah!; entonces había que temer de los padres las vocaciones forzadas; hoy.... No es preciso que nos detengamos en describir lo que está a la vista de todos, ni hacen falta ponderaciones, cuando tan triste es la realidad. Lo más frecuente es que, al pensar los padres en el porvenir que a sus hijos les espera, o que para ellos desean, desfilen por su imaginación todas las carreras, profesionales y estados, menos el Sacerdotal; una sencilla indicación, referente a la posibilidad de que su hijo sea Sacerdote, hecha a algunos padres, les causaría asombro, cual si se tratase de una extravagancia, o se hubiera formulado un absurdo; nada hay tan distante de sus planes, tan extraño a sus propósitos, principalmente si se trata de las clases distinguidas de la sociedad.

Sucede a veces, sin embargo, que contra todas las previsiones humanas, y a pesar de los inconvenientes de la educación recibida en el hogar doméstico, Dios deposita en el corazón del niño el germen de la vocación, y los padres, que deberían estimarse obligados a secundar los designios divinos, o a respetarlos, cuando menos, se oponen a ellos.

En vez de procurar el desarrollo de ese germen dichoso y bendito, se apresuran a extirparlo; hacen por grabar en el tierno espíritu infantil máximas mundanas, quizás perniciosas, trabajan porque mezquinos ideales suplanten el ideal sublime de la vocación eclesiástica; adoptan multitud de medios para desviar y torcer la inclinación, y consideran acaso como una desgracia, y quien sabe si como una deshonra, el que su hijo figure algún día entre los ungidos de I Señor.

No es esta la manera de favorecer al Seminario; los padres no deben portarse así; al contrario, ellos son los que con más esmero deben cultivar la vocación que vean brotar en sus hijos.

CATECISMO EN VERSO

por CESAR MORO

(Continuación)

SEGUNDA PARTE

Provechosa y necesaria
grandemente es la oración,
con la cual pedimos dones
para nuestra salvación.

Rezarás con atención,
humildad y confianza,
y hasta lograr ser oído
reza con perseverancia.

No podrás ser buen cristiano
si el *Padrenuestro* no sabes,
el *Señor mío Jesucristo*,
el *Ave María* y la *Salve*.

De todas el *Padrenuestro*
es la oración más hermosa,

que a ruego de los Apóstoles
dijo Cristo por su boca.

Siete peticiones tiene
el *Padrenuestro*, fundadas
en la caridad a Dios
y el amor a nuestras almas.

Invoca con gran frecuencia
a María, nuestra Madre,
y rézale sobre todo
el *Ave María* y la *Salve*.

A los Angeles y Santos
dirige también plegarias,
para que te alcancen dones
y espirituales gracias.

TERCERA PARTE

Para el Cielo merecer
cumplirás los *Mandamientos*,
Obras de Misericordia,
y *Consejos evangélicos*.

Dios a Moisés sobre un monte,
y en dos piedras esculpidos,
entregó diez Mandamientos,
y hemos todos de cumplirlos.

El primero a amar a Dios
más que a nadie, nos obliga,
a El solo adorar, y en El
creer y esperar con fe viva.

El segundo nos prohíbe
decir la horrible blasfemia,
y hacer juramentos vanos,
y el olvidar las promesas.

El tercero nos obliga
a santificar las fiestas,
oyendo la Santa Misa
y no trabajando en ellas.

El cuarto impone obediencia
a los hijos e inferiores,
y recuerda sus deberes
a padres y superiores.

El quinto severamente
prohíbe matar, herir,
embriagarse, dar escándalo,
tener odio y maldecir.

El sexto manda ser castos,
en obras y en pensamientos,
y nos veda las palabras
y los hechos deshonestos.

El séptimo al rico y pobre
enseña que han de ser justos,
no quitar bienes ajenos
y a cada cual dar lo suyo.

El octavo la calumnia
y la mentira nos veda,
con los juicios temerarios,
la murmuración y afrenta.

El noveno de lujuria
prohíbe todo deseo,
y sobre todo el pecado
tan nefando de adulterio.

El décimo, finalmente,
severamente condena
la codicia y los deseos
de materiales haciendas.

Cinco son los principales
Mandamientos de la Iglesia,
que Ella, sabia, nos ha impuesto
con su autoridad suprema.

Por el primero has de oír
¡oh cristiano! misa entera,

con atención, los domingos y todos los días de fiesta.

Por el segundo te hallas muy gravemente obligado a confesarte una vez por lo menos cada año.

Por el tercero una vez comulgarás igualmente durante el tiempo pascual y en el peligro de muerte.

Por el cuarto ayunarás, si has cumplido veintiún años, cuando la Iglesia lo manda, si no te hallas dispensado.

Por este mismo precepto desde los siete cumplidos no podrás comer de carne en los días ya sabidos.

Si tomas la Santa Bula por una exigua limosna, los ayunos y abstinencias grandemente se te acortan.

Por el quinto, justamente, te obligas, con tu dinero, a cooperar, generoso, al sostén del culto y clero.

Examina tus deberes por tu estado y por tu oficio, y con suma diligencia procura siempre cumplirlos.

La caridad, del cristiano ha de ser la ley suprema, y con sus prójimos debe prodigamente ejercerla.

La enseñanza, el buen consejo, la corrección, el perdón, el consuelo y tolerancia, de caridad obras son.

Visitar a los enfermos, dar limosna, dar albergue, de misericordia son obras también excelentes.

Si perfecto quieres ser, renuncia al mundo de lleno con sus riquezas y honores y sigue a Jesús Maestro.

el que viva pecando, muera en pecado; y de todos modos, el que vive en pecado, aunque se convierta y no vaya al infierno, tendrá después que pagar mucho por haber vivido mal. Lo que no sucederá es que si vivo bien, muera mal; estoy seguro.

Cuarta consideración que debo tener presente: que el día más importante de mi vida es el día de mi muerte, de tal modo, que si aquel día es malo, aunque todos los demás hayan sido deliciosos, no te servirá eso de nada. Es, pues, muy necesario que me prepare para aquel día; y daré por bien empleada mi vida, si con ella me preparo una buena muerte. Ahora piensa también seriamente que no sé cuándo moriré, ni cómo; que puedo morir de repente, y pronto; que lo único que en aquel día me agradará es haber vivido cristianamente; y que entonces de nada me servirá el haber sido muy rico; ni muy alabado, ni muy divertido. Antes al contrario, tal vez.

¿Por qué no ajustaré mejor mi conducta a estas consideraciones? Yo debería vivir como quien ha de morir... teniendo presente el día de mi muerte.

Meditación 10.ª: Seré juzgado.—Otra verdad tremenda: después de la muerte me tomarán cuenta de mi conducta durante mi vida. ¿Cómo se hará este acto?

En cuanto mi alma salga del cuerpo, se encontrará allí mismo con Jesucristo, que me juzgará. Tengo que estar un día yo solo con Jesucristo. ¡Oh, mi buen Señor y Padre! Yo te quiero amar y servir para aquel día.

Jesucristo me hará ver todo lo que hay en mi conciencia. En la memoria de mi conciencia está, como en una cinta de cine, toda mi historia, y esta cinta se desarrollará allí a la luz de la Justicia divina, y aparecerá mi vida tal cual ha sido: lo menudo y lo grande: las agravantes y las excusas; la obstinación y la penitencia. Todo cual ha sido.

Y me dirá Jesucristo: Eso has sido; eso has hecho... Y yo no tendré más remedio que responder: Es verdad; yo mismo lo llevo grabado en mi conciencia... ¿Y qué aparecerá en mi conciencia entonces? ¿Qué resultado final dará?... ¿Resultaré pecador?... ¿o resultaré justo?

Si resulto justo, ¡qué felicidad!... Me dirá Jesucristo: «¡Ven, bendito de mi Padre, a recibir el reino que te está preparado desde la formación del mundo!» ¡Qué palabras más preciosas! Piensa cada una de ellas.

Pero ¿si resultase pecador?... ¡Dios me libre! Al pecador le dirá Dios: «¡Vete, maldito de mi Padre, al fuego eterno!» ¡Qué terrible palabra! ¡Vete de mí!... ¿Y adónde? Al fuego eterno...

Mucho me ha de preocupar este juicio. ¿Hago yo las cosas como quien ha de dar cuenta de ellas a Dios?... ¿Amo y sirvo yo a Jesucristo como quien va a ser juzgado por Él?... ¡Oh buen Jesús, haz que yo te ame y sirva en vida para que Tú me quieras y me salves en la muerte!

Meditación 11.ª: La gloria.—La gloria es el término de los buenos. A la gloria estamos destinados si nosotros no nos condenamos porque queremos. La gloria es, en la idea de Dios, el fin del hombre. Y si yo no me porto mal iré a la gloria.

¡Iré a la gloria!... ¿Y que tendré en la gloria? Todo lo que pueda desear. Desde luego, primero no tendré ningún dolor ni molestia. Ninguna enfermedad; ni hambre, ni sed, ni frío, ni calor, ni cansancio, ni hastío, ni disgusto, ni tristeza de ninguna clase.

El sitio es precioso: luz, esplendor, bellezas, bienestar, felicidad.

Meditaciones cortas

Meditación 9.ª: Moriré.—Esta es la verdad; una verdad que nadie me la puede quitar de encima: moriré. Es muy tonto que yo no quiera pensar en ello; porque piense o no piense, moriré. Voy, pues, a contar con la muerte.

Lo primero que saco de aquí es que todo lo de este mundo tiene término; toda pasa: lo bueno y lo malo. Luego debo darle poca importancia a todo lo de esta vida. Es digno de consideración lo que decía San Agustín: «Todo lo que tiene fin es breve».

Otra consideración muy importante: como muera he de vivir siempre después. Si muero bien, viviré bien siempre en el cielo; si muero mal, viviré mal siempre en el infierno. Esto es algo serio.

Tercera consideración: moriré regularmente según haya vivido; es natural. Puede suceder que si vivo mal al fin me arrepienta y mude; Dios es muy bueno y tiene mucha misericordia; pero es muy de temer que

La compañía, deliciosa. Todos buenos, todos perfectos, todos simpáticos, todos alegres, todos los nombres honrados, todas las mujeres buenas, los santos... San José, la Virgen, Jesucristo, Dios, en fin, con toda su bondad y santidad.

Unión íntima con todos y familiaridad suma con Dios; tratándonos y amándonos todos.

La vida más deleitosa y alegre que nos podemos imaginar; y muy superior a cuanto nos atrevemos a pensar; mucho mejor, sin comparación, que todo cuanto hemos visto.

Sobre todo, ver a Dios cara a cara, y amarle y ver que nos ve y que nos ama, y que vive en íntima y familiar unión con nosotros.

Nuestras ocupaciones serán ver cosas hermosísimas y personas amadísimas a Dios; amar y gozar. Videbimus, amabimus, gaudebimus.

Allí tendré todo bien y no tendré ningún mal. Sobre esto piensa lo que quieras.

¡Oh alma mía!, no pierdas esto que te espera. ¡Y espera esto que te aguarda!

¡El cielo!, ¡es algo grandel! Por lograrlo se puede dejar durante algún tiempo todo lo de esta vida.

Porque aquello ¡será para siempre!, ¡y seguro!

Meditación 12.ª: El infierno.—¡Inteliz del que sea condenado al infierno! ¡Librenos Dios!

Es terrible lo que consideré el otro día sobre el juicio. Aquella sentencia: ¡Vete, maldito, al fuego eterno!, merece mucha consideración.

¡Vete! Separado de Cristo para siempre. El condenado ya no verá jamás a Dios, ni a los que están con Dios. Estará para siempre separado de todos los hombres santos y honrados, y sobre todo de Dios. La pena de daño. Dicen que esta pena de no ver a Dios, será la mayor del infierno. Y se entiende. Porque el hombre sentirá entonces una sed enorme de Dios, para quien ha sido criado, pero no le se á dado ver a Dios, ni a Jesucristo, ni a la Virgen, ni a ningún Santo ni persona honrada.

Al fuego, ¡terrible pena! Es el castigo determinado por la Justicia divina para el pecado. Fuego hecho para castigar, fuego que abrasa, pero no destruye; fuego que penetra hasta el interior del corazón y que toca miris sed veris modis, la sustancia del alma.

Y ¡todo esto eterno!, ¡id al fuego eterno! Esto es terrible. Pero es la sentencia del Juez. Tremendo castigo es estar privado de la compañía de Dios. Terrible es estar en el fuego. ¿Pero esto para siempre? ¡Es espantoso!, ¡la eternidad!, ¡siempre!, ¡jamás!

¿Por qué pienso tanto en las cosas de esta vida que pasan, y no pienso en las de la otra vida que no pasan? ¡Placeres y gozos de este mundo! ¡riquezas y pobreza de esta vida! ¡glorias y humillaciones de la tierra!, ¿qué son?; vendrá un día en que digas; ¡no son nada! ¡Pero la gloria eterna!... ¡El infierno eterno!... ¡Eso!, ¡eso es lo grandel!, ¡eso es lo digno de tenerse en cuenta.—R.

MISCELANEA

—¿Cómo es que todas las mañanas almuerzas y, sin embargo, te llevas un panecillo a la escuela?

—Es que por las mañanas tenemos la escritura.

—¿Y qué tiene eso que ver con el panecillo?

—Si que tiene; porque me tiene mandado el maestro que al escribir, después de algunas palabras, ponga punto... y coma.

LA HISTORIA DE LA CALUMNIA

¡Mirad! un niño coge varios copos de nieve y en hacer una bola tranquilo se entretiene.

Mas cuando ya en sus manos la ve formada, en breve a la vecina calle la arroja indiferente.

A agitarla comienzan unos cuantos pilletes, y gozosos la empujan al verla engrandecerse.

Y tanto y tanto rueda que al cabo se convierte en globo gigantesco lo que nació juguete.

Lo mismo yo en el mundo tornarse vi cien veces en horribles calumnias mentiras inocentes.

La imprudencia las hace, la maldad las impulsa, y rodando se engruesan como bolas de nieve.

M Ramos Carrión.

PRECEPTOS DE HIGIENE

Amarás la luz del sol.

Jurarás no beber licres, ni ir a la taberna.

Higienezarás las fiestas con el baño y el ejercicio.

Honrarás al aire puro y agua corriente.

No beberás vino, ni fumarás.

No te entregarás a los deleites de la carne.

No trasnocharás.

No te ventarás polvo bajo ningún pretexto.

No desearás nada que venga del azar.

No codiciarás la vida de la ciudad.

FLORECEN LAS ESPINAS

Sagrado Corazón, en Vos confío, a Vos consagra mi alma su albedrío, Soy todo para Vos.

A nuestro amor divino me abandono nada quiero. Señor, nada ambiciono, nada fuera de Dios.

Y digo como aquél: «Todas las cosas, lo mismo las espinas que las rosas, en Dios las encontré.»

O por mejor decir: yo no hallé espinas, porque en hermosas flores purpurinas las espinas troqué.

Esas espinas, fieras, enconadas, herían con durísimas punzadas.

Tu amante Corazón.

De tu Sangre divina con el riego esas espinas florecieron luego.

flores de contricción.

Con tales flores alfombrar quisiera, amoroso Jesús, mi vida entera.

Julio Esteras y Palacios, C. M. F.